EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11089

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 21 DE OCTUBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

AGUA MINERAL NATURAL DEL VALLE DE VICHY

Fuente St Louis La más fría 12° y menos alterable en el transporte

Sin rival para el Estómago, Higado, Gota, etc.

Se expende en casa de D. Justo Aznar.

MIEMBRO PODRIDO

La primera amputacion está hecha. Puerto Rico ya no es de España. Amanecio cobijado por la bandera roja y amarilla y anoheció envuelto en la bandera estrellada de los Estados Unidos. Pasó del dominio de la raza latina á ser propiedad de la raza sajona, sin convulsiones, sin esfuerzos, sin dolor, sin protesta, como pasan las cosas inanimadas de unos propietarios a otros. ¡Que ingratitud!

Arrancada a la soledad de los mares; sacada del estado salvaje en que desde el principio del mundo se encontraba, dióle España sus costumbres, sus leyes, su religion, su sangre y su dinero, defendiéndola de los ataques piraticos de los ladrones del mar. Cuando la creyo digna de gobernarse por si sola, le dio la autonomia, gobierno propio y camaras insulares; y no contenta de darle tanto, le dio lugar distinguido en el Parlamento de la nacion.

No hace mucho tiempo, cuando las relaciones con los Estados Unidos quedaron rotas y los soldados de España desembarcaban en la isla para defenderla de la invasion, los recibian los indigenas entre aplausos y vivas y en medio del frenético entusiasmo que, al parecer, les embargaba, solicitaban armas para contribuir con el ejército á la defensa del territorio. El gobierno insular hacia protestas de amor a España en sendos manifiestos, en los que palpitaban sentimientos nobles y nobles propósitos. Los voluntarios prometian acudir los primeros a la lucha contra los americanos. Todo era patriotismo, entusiasmo, desinterés, amor. ¡Cuánta mentira!

El gobierno insular, aquel gobierno, formado de hombres que juraron solemnemente ser fieles á la nacion que les daba la autoridad de que estaban investidos, olvidaron su juramento. Los voluntarios no acudieron al peligro y entregaron los fusiles á los enemigos de España. La clase civil de industriales y comerciantes enriquecidos a la sombra de nuestra bandera nos volvieron la espalda y felicitaron á los yankis por su arribo a la isla, y el pueblo bajo, los obreros, apalearon á los españoles y les quemaron las viviendas, dando al mundo un ejemplo de feroz salvajismo.

Puerto Rico ya no es de España. La santa enseña que durante cuatro centurias ha estado flotando en el Morro de San Juan, fue arriada anteayer, izándose en el lugar que quedaba vacante otro pabellon. Y los portorriqueños no han llorado de pena ni han sentido el pecho acongojado ni han dedicado á la madre patria, a la que los descubrio y civilizo, un postrer recuerdo de cariño

¡Para eso ha inmolado España sus hijos en la guerra y ha gastado el dinero hasta encontrar la ruina!

Tierra tan ingrata no merecía tan grande sacrificio. Era un miembro podrido que no necesitaba siquiera amputación. La gangrena, mas que la espada del vencedor, lo ha desprendido.

PUERTO RICO

Ya lo hemos perdido.

Cuatrocientos cinco años la hemos poseido como nuestra. La habíamos descubierto, la habíamos civilizado, y no puede quejarse de su prosperidad ni de su vida. Cargada de deudas estaba la Metrópoli, y en cambio Puerto Rico no tenía ninguna. Vivía mejor que nosotros; sin tener que envidiarnos ni nuestras revoluciones, ni nuestras holguras económicas.

Triste es el otoño de 1898. Con las hojas que caen de los árboles, y que se lleva el viento, caen los pedazos de la vieja patria, arrancados por el huracán de nuestras desventuras. ¿La guerra? Ha sido la guerra la que nos ha quitado ese miembro que se separa.

Puerto Rico se pierde para España. Quizá gane la isla en riquezas materiales, quizá pierda más aún en sentimientos cristianos.

¡La Cruz y la bandera española han ido siempre juntas en el Nuevo Mundo!

Amargos son estos pensamientos, pero aun es la realidad más amarga. Ver á los soldados que vuelven, ver al Capitán General que cesa, ver entrar en los palacios y en los castillos, por nosotros levantados, en las ciudades y en las aldeas por nosotros edificadas, al extranjero que ha de ser de hoy más su dominador y dueño. La tristeza de estos hechos no cabe en las fuerzas que el corazón humano tiene para el dolor.

Arrancan una rama del árbol y suena un chasquido, á manera de un ¡ay! que lanza aquella vida mutilada. Arrancan una ilusión del alma, y el sufrimiento tiende á salir al exterior envuelto en una queja rugiente y dolorida. El árbol de la patria pierde una rama; el alma de la patria pierde una ilusión. Permítase á esta patria angustiada exhalar un ¡ay! desgarrador, que pase los mares y llegue á Puerto Rico, como el último adiós de la nación herida y de la madre desolada.

GLORIAS NACIONALES

Glorioso combate naval de las Dunas

21 de Octubre de 1639.

Hallándose España entretenida en someter á su dominio á los levantiscos y rebeldes flamencos, Richelieu, por tra. dición, mortal enemigo de los Austrias, hizo que Francia declarara la guerra á España, cuyo engrandecimiento le llenaba de enojo, concertando antes diversas alianzas con los enemigos de Felipe IV.

Debido á que nuestra nación tenía que defender sus dilatados dominios de los muchos enemigos que encarnizadamente en ellos peleaban, y tambien por el auxilio que los franceses prestaban á los flamencos, en 1639 se hallaban verdaderamente comprometidas las tropas españolas que en Flandes defendían la soberanía de Felipe IV, y como de dia en dia se hacia más urgente acudir en socorro de ellas no obstante los grandes riesgos que corría por tener que atravesar el canal de la Mancha y defenderse de las escuadras de Francia y Holanda, se dispuso marchara á tan lejanos paises la escuadra de D. Antonio de Oquendo, juntamente con la de D. Lope de Hoces, para conducir los socorros que en Flandes se necesitaban.

El día 17 de Agosto, hallándose las escuadras españolas navegando cerca del puerto de las Dunas, trabaron combate con otra holandesa, compuesta de 17 naves, y por no quedar ninguno de los dos enemigos vencidos completamente, ó mejor, por haberse incorporado durante la noche á la holandesa otros 16 navíos, el dia 18 se reanudó la lucha, resultando de ella con graves averías algunos barcos de Oquendo, por lo que éste resolvió fondear en las Dunas, no sin antes enviar á Flandes, con los socorros que conducía, á las naves más ligeras y que no habían recibido daño de ningún género en los dos combates.

En el mes de Octubre, cuando aún el almirante español no había reparado todas las averías, penetró en el mismo puerto donde él se hallaba la escuadra holandesa del general Tromp, y entonces los ingleses hicieron cambiar de fondeadero á los barcos españoles, interponiendo, además, varias naves suyas entre las escuadras enemigas á fin de obligarlas á respetar la neutralidad de las aguas en que se encontraban.

Disgustado Oquendo por haberle hecho los ingleses, cuya amistad tenía puesta en entredicho hacia tiempo, cambiar de fondeadero, prefirió hacerse á la mar, aunque sólo podía realizarlo con 22 barcos, á continuar en situación tan enojosa, por cuyo motivo abandonó á las Dunas el 21 de Octubre, y como la escuadra holandesa, fuerte de 114 naves, hiciera lo mismo pocos momentos después, no lejos del mencionado puerto se trabó un combate tan desigual como heróico, que, cual el de Trafalgar, sólo sirvió para que nuestra marina uniera una página más de gloria á las muchas que ya había conquistado en el transcurso de los siglos.

Todas las naves pelearon con sin igual bravura y arrojo; pero ninguna como la «Real» de Oquendo

Encerrada en un anillo de fuego y destrozando y echando á pique á cuantos barcos enemigos se le acercaban, sostuvose largas horas, sin recibir auxilio de ninguna otra nave y sin que su tripulación dejara de obedecer ni un sólo momento las órdenes de su almirante que sereno y valeroso dirigía el combate cual si la metralla y las balas no cayeran en derredor de él como espesa granizada, barriendo repetidas veces la cubierta del navío, destrozando su arboladura y costados y sembrando la desolación y la muerte en todas partes.

En una de las distintas ocasiones en que la Real nave pudo ganar el puerto de las Dunas, el piloto lo puso en conocimiento de Oquendo, y éste con una energía y una dignidad que desconcertaron al prudente subordinado, contestó: «No permita Dios que mancillabe mi reputación una mancha tan grande.»

Llegada la noche terminó aquella epopéyica lucha, por lo desigual y brava acaso sin ejemplo en la historia de pueblos.

El almirante guipuzcoano fondeó en Mardick, y entonces se vió que la nave tenía las huellas de haber sido tocada por 1700 balas de cañón, hecho que prueba el heroismo con que pelearon sus tripulantes y soldados.

Al dar fondo su navío, Oquendo que hacía más de dos meses padecía unas fiebres que el 7 de Junio del siguiente año le condujeron al sepulcro, dijo con una entonación propia del que ha sacado limpio su honor de apurado trance: «Ya puedo morir, pues que he traido á puerto con reputación la nao y el estandarte.»

MARIA RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

cierta presopopeya y como queriendo imponer respeto á Mr. de la Chaumiere.

—¿Y crees tú, dijo este, que el ser hermano de la Caridad te librará de ir á galeras ó á la horca, si no pruebas claramente que no eres traidor al rey nuestro señor don Felipe V de Borbon?

—Yo no soy traidor á su majestad. ¡Dios me libre dijo Lucas Cabezudo, dejando de comer.

—Y si no eres traidor al rey, dijo Mr. de la Chaumiere, ¿porqué has ido á un mochinal del alcázar á buscar á don Luis Dávalos de parte del marqués de Leganés? ¿Ignoras, estúpido, que se sabe que don Luis Dávalos y el marqués de Leganés conspiran contra su majestad, y que todo el que los busque en tiempo y sitio extraños, se hace sospechoso de traición?

—No sabía yo eso, señor; si lo hubiera sabido, antes que ir á buscar á don Luis Dávalos de parte del marqués de Leganés me hubiera roto á mi mismo las piernas para no poder dar un solo paso.

—Tú me has dicho, equivocándome con don Luis Dávalos á causa de la oscuridad, que el marqués le esperaba. ¿Dónde está el marqués?

—Eso es lo que yo no sé, señor.

—Mira, Lucas Cabezudo, que no sales vivo de en-

tre mis manos, y que como no cantes de plano, te voy á sujetar á la prueba del tormento.

—¿Vos á mi? Pues qué, ¿no sabeis que yo soy hidalgo, y que por lo mismo no se me puede dar tormento?

—¿Que no se puede? Pues espera, espera y lo verás: ¡Hola! ¡moño! ¡á mi!

IV

Se presentó al instante el mismo mozo que le había servido.

—Busca una cuerda y un palito, le dijo Mr. de la Chaumiere.

—Un palito y una cuerda, ¿y para qué? dijo el mozo.

—Nada importa; y si no vas al momento á traerme lo que te he pedido, sin réplica de ningún género, te rompo la cabeza.

El mozo salió apresuradamente.

—Si no te dejas apretar los pulgares, con cuya operación espero que cantes como una cotorra, te ensarto como si fueras un pedazo de carne que va á ponerse en el asador, dijo Mr. de la Chaumiere cuando se hubieron quedado solos, porque el moso

agarrotado, se pusieron tiesos y rígidos. Lucas Cabezudo lanzó un grito y cayó de rodillas.

—¡Por Dios, señor! dijo: ¡por Dios! ¡Yo lo diré todo á usía; pero afloje usía, por la salud de mi buena madre! ¡Yo lo diré todo, todo!

Mr. de la Chaumiere deshizo las dos vueltas.

—Habla, dijo: si no hablas pronto, aprieto hasta que te rompa el brazo.

—Yo no tengo la culpa, dijo Lucas Cabezudo; yo era mozo de la sacristía de la capilla del alcázar cuando vivía el señor rey don Cárlos II: un día el señor don Juan Tomás Enriquez de Cabrera, el almirante de Castilla, que hace algunos meses ha muerto en Portugal, me dijo:—Lucas, ya ves que desde que ha muerto el rey esto no anda bien: el cardenal Portocarrero se ha vendido al rey de Francia; ha obligado á hacer un testamento injusto al rey nuestro señor, que en paz descanse, y nos dan un monarca francés en vez del archiduque Cárlos, que, como pariente del rey, hijo del emperador Leopoldo, y archiduque de Austria, es nuestro legítimo soberano: habrá una guerra y Dios sentenciará. Tu eres muy austriaco, Lucas, y he pensado en ti para darte un gran encargo: yo sé que tú eres hombre valiente y duro, y nadie mejor que tú podrá guardar á cierta dama que con el tiempo será